FRAY ANTONIO DE BADAJOZ: UN BEATO DE NEUSTRO PUEBLO

(La Albuera, 7 de noviembre de 2026)

Queridos hermanos y hermanas: Vicario general y vicario de Evangelización; sacerdotes, particularmente tú, querido Antonio Jesús, párroco de La Albuera y tú, Francisco Copete, Delegado para las causas de los Santos; Alcalde y demás autoridades civiles aquí presentes, vecinos de este pueblo: ¡El Señor os dé la paz!

Y por Fr. Antonio de Badajoz, nacido en La Albuera, ¡Loado Seas mi Señor! Sí, queridos hermanos: nos hemos reunido aquí en La Albuera para dar gracias a Dios por el regalo que nos acaba de hacer a esta Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz, con la beatificación de Fr Antonio, miembro de la Orden Franciscana e hijo de nuestra tierra y de nuestra Iglesia particular, martirizado en Georgia, junto con otros cuatro hermanos franciscanos, el año 1597, por defender el matrimonio monógamo. Fr. Antonio fue advertido por un cacique para que huyeran, pero prefirió permanecer con el pueblo y con los demás frailes, lo que les llevó a todos a sufrir el martirio. Fray Antonio tenía entonces 38 años y llevaba en la misión 10 años, lo que le permitía conocer la lengua de los nativos, por lo que, además de ser el principal catequista de la Misión de Santa Catalina, hacía también de intérprete de Fray Miguel, también martirizado.

La beatificación de un hijo de nuestra tierra y de nuestra Iglesia nos llena de legítimo orgullo, principalmente a vosotros, sus vecinos. La Albuera conocida hasta hoy por la batalla y que desde ahora será conocida también por ser cuna de santos. Una cosa debería ser clara: No podemos quedarnos en narrar la vida de nuestros santos, sino que hemos de imitarlo en su seguimiento de Jesucristo, pues, como diría san Francisco, "sería grandemente vergonzoso para nosotros los siervos de Dios que lo santos hicieran las obras y nosotros, con narrarlas, quisiéramos recibir gloria y honor" (*Adm*. VI, 3).

El Evangelio que hemos proclamado nos presenta la parábola de las diez vírgenes, cinco de ellas eran prudentes y cinco necias, que esperan la llegada del esposo. Todas llevan sus lámparas, pero no todas han tenido la precaución de llevar consigo el aceite necesario para mantenerlas encendidas. Por eso cuando llega el esposo, solamente las prudentes están preparas para entrar con él en el banquete. Jesús termina la parábola con una invitación que tiene una enorme actualidad para nosotros: "Velad, porque no sabéis el día ni la hora". (*Mt* 25, 1-13).

La parábola nos habla de unas lámparas que necesitan aceite para permanecer encendidas. Las lámparas son símbolo de la vida cristiana, necesitada también ella de ese aceite que le permite seguir alumbrando en medio de la oscuridad de nuestros tiempos: el aceite de la oración, la escucha de la Palabra, la participación en la Eucaristía, la caridad, el perdón y la fidelidad cotidiana al Señor. En cuantos cristianos todos estamos llamados a ser hombres y mujeres que mantienen encendida la luz de la fe, la luz de la esperanza, la luz del amor.

Fray Antonio, al que hoy veneramos como nuevo beato, mantuvo encendida su lámpara porque había aprendido a vivir encendido en el amor de Cristo. Su vida franciscana y su entrega misionera fueron preparando esa fidelidad que culminaría con

el martirio. Fr. Antonio no improvisó su amor a Cristo en el último momento. Lo había cultivado desde el primer momento, particularmente con la profesión religiosa en la Orden Franciscana, y luego en la actividad misionera. Su vida no fue una improvisación. Su fidelidad no nació de repente ante las dificultades. Fray Antonio había ido preparando su corazón, día tras día, mediante una vida de entrega, de oración, de servicio y de seguimiento de Jesucristo. La fidelidad que manifestó en el momento decisivo de su vida era el fruto de una existencia que había puesto al Señor en el centro.

A veces podemos pensar que los grandes testimonios de santidad nacen de gestos extraordinarios. Sin embargo, la santidad se va construyendo día a día, en lo pequeño, en las decisiones de cada día, en la fidelidad a nuestras responsabilidades, en el servicio a los demás, en la capacidad de amar cuando cuesta, de perdonar cuando resulta difícil y de seguir confiando en Dios incluso cuando atravesamos momentos de oscuridad. Fr. Antonio nos recuerda que la santidad se vive en lo cotidiano. Y hay un detalle de su vida que merece la pena destacar: Antonio fue un hermano laico franciscano. No necesitó ocupar un lugar de especial responsabilidad ni desempeñar un ministerio sacerdotal para alcanzar la santidad. Su vocación franciscana, vivida con sencillez y entrega, fue el camino por el que Dios lo condujo a la santidad. Y precisamente en él podemos contemplar que la santidad no depende de los títulos, de los cargos, de las responsabilidades que uno tenga en la Iglesia. Depende de cómo se ama y se sirve.

Esto nos ayuda a comprender algo fundamental, en este día en el que celebramos el *Día de la Iglesia diocesana*: En la Iglesia todos somos necesarios y todos tenemos una vocación. No hay cristianos de primera y de segunda categoría. No hay vocaciones más dignas que otras. Lo importante no es el puesto que ocupamos, sino la entrega con que vivirnos nuestra vocación. El Concilio Vaticano II nos lo recordó solemnemente cuando habló de la llamada universal a la santidad. Todos los bautizados, cualquiera que sea su condición o estado de vida, estamos llamado a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. El Papa Francisco, por su parte, nos recordó también que el Seños nos llama a la santidad en la vida ordinaria, en las circunstancias concretas de nuestra existencia. Hay una santidad de la puerta de al lado, decía, una santidad que encontramos en tantas personas sencillas que viven con fidelidad, generosidad y amor. Fray Antonio es una expresión hermosa de esa santidad de la "la puerta de al lado". Su vida nos dice que es posible seguir a Cristo con radicalidad desde la sencillez de una vocación humilde. Su testimonio nos interpela a todos: ¿Cómo estamos viviendo nuestra vocación la santidad? ¿Qué estamos haciendo con la lámpara que el señor ha puesto en nuestras manos?

Su beatificación nos recuerda que todos estamos llamados a la santidad: sacerdotes, religiosos y laicos. Cada uno desde su vocación ha de escuchar el imperativo que nos viene del Señor: "Sed perfectos porque vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48); sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo (*Lv* 19, 2; cf. *1P* 1, 16). Preguntémonos, queridos hermanos y hermanas: ¿Qué resonancia tiene en mi vida esta llamada a la santidad?

A la luz de la vida de Fray Antonio podemos ver como la fidelidad a Cristo puede llegar hasta dar la vida. Fr. Antonio fue mártir. El martirio no es un gesto aislado. No se improvisa ante una situación extrema. El martirio es la expresión más radical de una vida que pertenece enteramente a Jesucristo El mártir es aquel que ha descubierto que Cristo vale más que cualquier otra cosa, que su amor es más fuerte que el miedo y que ninguna circunstancia puede separarlo de Él. Por eso la beatificación de Fray Antonio nos habla también de la fuerza del Evangelio y de la fecundidad de una vida entregada. Las vírgenes prudentes permanecieron preparadas para la llegada del esposo. Fray Antonio y sus compañeros permanecieron fieles a Cristo, incluso cuando esa fidelidad les exigió entregar su vida. El martirio no fue un gesto aislado de heroísmo, sino la culminación de una vida entregada al Señor.

Fray Antonio y los otros compañeros fueron martirizados por defender al matrimonio cristiano En un contexto hostil, Fray Antonio no dudó en alzar la voz para proclamar la dignidad del vínculo matrimonial según el designio de Dios: una unión fundada en el amor fiel, indisoluble y generoso. Supo ver con claridad que defender el matrimonio era defender las bases mismas de la fe y la santidad del amor humano bendecido por Cristo. En este sentido, Fray Antonio nos deja un legado plenamente actual: defender la familia no es defender una tradición caduca, sino custodiar el plan del Creador sobre el amor humano y testimoniar que la fidelidad es posible cuando se fundamenta en Dios. Bajo su protección pongo hoy todas las familias de la Archidiócesis.

La figura de Fray Antonio merece ser conocida, querida y presentada especialmente a nuestras comunidades cristianas, a nuestros jóvenes, a los matrimonios y a las familias. Su vida y su martirio nos ofrecen una oportunidad para reflexionar sobre la realidad de extraordinaria o importante para la Iglesia y para la sociedad: el matrimonio como vocación de amor y fidelidad, y la familia como lugar privilegiado donde se trasmite y se aprende a vivir el Evangelio.

Esta celebración de acción de gracias por la beatificación de Fray Antonio, en el día en que celebramos la *Jornada por la Santidad*, nos recuerda que el Evangelio sigue produciendo frutos de santidad, Que su testimonio despierte en nuestras comunidades el deseo de ser una Iglesia vida, evangelizadora, cercana a los pobres y apasionada por Jesucristo.

Que su ejemplo suscite nuevas vocaciones misioneras, vocaciones a la vida consagrada, a la familia, al sacerdocio y al compromiso laical. Que su ejemplo cunda entre nosotros. Que cada bautizado descubra que tiene una misión, que es una misión y que nadie puede sustituirle en la tarea de anunciar y hacer presente el amor de Dios. Que fray Antonio nos ayude, con su intercesión, a mantener encendida la lámpara de la fe, alimentada por el aceite de la oración, de la caridad y de la fidelidad cotidiana. Que su intercesión nos ayude a ser, en medio de nuestro mundo y en nuestra tierra extremeña, testigos alegres y valientes del Evangelio.

Que María, Madre de la Iglesia y modelo de fidelidad acompañe nuestro camino. *Fiat, fiat, amen, amen.***FRAY ANTONIO DE BADAJOZ: UN BEATO DE NEUSTRO PUEBLO**

(La Albuera, 7 de noviembre de 2026)